

CIENCIA, DOCENCIA Y LIBERTAD (*)

CORTES PLA

Ha querido el señor Vicedecano en ejercicio del Decanato, Ing. Eduardo Lamarque, que el acto de inauguración de los cursos de este año quedara a mi cargo para que así, a la vez, sirviera como una presentación al reintegrarme a la tarea docente después de los acontecimientos por todos conocidos.

Sinceramente le agradezco la decisión adoptada. Vuelvo hoy como profesor a ponerme en comunicación con quienes serán mis alumnos y, por cierto, también con quienes ya lo fueron.

Por feliz y honrosa circunstancia, tuve ya el placer y el honor de expresar mi posición espiritual y ratificar mi manera de sentir frente a los problemas que a todos nos conmueven. Mi discurso al hacerme cargo del Decanato, la declaración dada por el Consejo Directivo de nuestra Facultad, el texto de mi nota por la que me reintegro a las tareas universitarias (1) y, finalmente, la exposición hecha en Santa Fe

(*) Clase inaugural dictada en la Facultad de Ciencias Matemáticas el día 13 de abril de 1945.

(1) La nota enviada al señor Interventor en la Universidad Nacional del Litoral con fecha 10 de 1943, dice textualmente:

“Señor Interventor de la Universidad Nacional del Litoral, doctor Santos J. Saccone. — S/D.

“Cumpro con el deber de acusar recibo de su atenta nota donde me informa haberseme reintegrado a las tareas docentes que hasta octubre de 1943 he desempeñado en esa Universidad.

“Del análisis de los decretos y declaraciones oficiales emitidos, quiero destacar la formulada recientemente en nombre del señor Pre-

al poner en posesión del rectorado de la Universidad a su nuevo titular Dr. Gollan, creo que me eximen el abordar lo que debió ser comienzo de mi primera clase: decirlo porqué, he vuelto. Ahí están aquellas manifestaciones y ahí están nuestras primeras disposiciones como autoridad, por lo que fuera redudancia volver a insistir sobre el particular. Bastará pues, que me ratifique en cuanto expresara en esas ocasiones.

Descartado así el tema aparentemente lógico de mi primera clase, debía fijar el que serviría de base a nuestra disertación de hoy. Fue antigua costumbre de mi parte iniciar cada año con una exposición de carácter general. Continuándola, elegimos para el actual, el de "Ciencia, docencia y libertad".

Ciencia

No vamos a hacer disquisiciones acerca de las múltiples formas en que puede definirse la ciencia. Sólo nos interesa tratar de acentuar su fin. Y al hablar así, en singular, es porque, concibiéndola como un árbol en plena y perpetua floración, cuyas ramas se bifurcan hacia todos los planos, todos los horizontes imaginables, la sentimos como si en su ascender ininterrumpido, tendieran hacia un único punto, exclusivo fin, como meta suprema a alcanzar.

sidente de la República, donde se expresa que "por alto espíritu de justicia y respeto a la función docente" el Poder Ejecutivo de la Nación ha resuelto dejar sin efecto los decretos que motivaron el alejamiento de las tareas desempeñadas entonces por los firmantes del manifiesto del 15 de octubre de 1943 y por quienes, reaccionando contra la insólita medida hicieron abandono de posiciones legítimamente conquistadas. La invocación al alto espíritu de justicia y respeto a la función docente, la interpreto como un reconocimiento de que ambos estuvieron ausentes al decretarse nuestra cesantía.

"Afirmo no haber cometido delito alguno al firmar el manifiesto mencionado. Como ciudadano, ejercité el derecho constitucional de expresar libremente una opinión. Como catedrático, cumplí un deber inexcusable.

"El contenido del manifiesto del 15 de octubre de 1943 —cuyos términos ratifico íntegramente— condensaba una expresión de hondo y sincero patriotismo, serena, clara y honradamente expuesto. Su lema

Y esa meta es la *verdad*. La verdad y no un interés utilitario como muchos creen. Si alguien busca un fin inmediato, una ciencia se hace con hechos, pero como así un montón de material, no es la ciencia sino la técnica, que aun cuando se inspire y se afance en ella, no es propiamente lo que llamamos ciencia. Que por algo su distingo está ya hasta en la forma que denominará una y otra.

A la ciencia le son indiferentes las consecuencias prácticas que dismanen de su progreso. Ella se inspira, se orienta, hacia la búsqueda de la *verdad* como fin supremo. Y porque se encamina así, rechaza todo aquello que carece de autenticidad; combate lo falso; elimina el error.

Cada verdad nueva, por insignificante que sea, viene a constituir un nuevo eslabón en la organización del conocimiento, que como toda organización exige se ordenen, clasifiquen, ubiquen, los elementos que integrarán el todo. De ahí que no baste adquirir una nueva verdad teórica y experimental. Es preciso darle su exacta ubicación para que el conjunto presente la coherencia y lógica exigida. Para dar una idea gráfica del sentido de tal ordenamiento, gustaba repetiros la frase de H. Poincaré: "Una casa se hace con piedras como una ciencia se hace con hechos; pero como así un montón de piedras no es una casa, un montón de hechos no es una ciencia.

"democracia efectiva y solidaridad americana", afirmaba el legítimo anhelo de retomar al cauce marcado por nuestra Constitución Nacional y mantener viva la solidaridad americana, siguiendo así la trayectoria histórica que nos hizo dignos y respetados en el concierto de las naciones civilizadas.

"Porque creo ser más útil volviendo a ocupar las cátedras que conquisté en concursos limpios, y sin que ello implique admitir la legitimidad del decreto que me declarara cesante; he decidido reintegrarme a mi actividad docente, ahora que ha desaparecido la fuerza material que me impidió su ejercicio en este lapso.

"Y lo hago sin abdicar en lo más mínimo mis convicciones: en el deber y el derecho que ejercí al firmar el recordado manifiesto, y sin haber pedido ni autorizado a nadie a pedir una rectificación del acto gubernamental que determinó mi cesantía. Lo hago reafirmando con más fe que nunca mis ideales democráticos y liberales, dispuesto a se-

Tras la indagación de la verdad, la ciencia busca *saber*.

Digamos desde ya que saber no es, ni consiste, en haber leído mucho, ni en ser capaz de repetir memorísticamente hechos o ideas expuestas. Es frecuente encontrar hombres dotados de gran poder receptivo, de lo que llamamos memoria extraordinaria, pero incapaces de hilvanar un párrafo propio.

Saber es haber digerido lo estudiado. Es comprender su significado. Analizar sus consecuencias. Descubrir nuevas verdades o puntos de contacto con otras antiguas. Es la resultante del proceso de una meditación honda o de una experiencia vivida. Cuando Sócrates afirmaba: "sólo sé que no sé nada", había logrado expresar claramente el panorama que se presenta al hombre a medida que avanza en su estudio y llega a comprender la pequeñez de lo conocido frente a la inmensidad de lo que aun ignoramos. Había logrado, además, la humildad que es inseparable del auténtico filósofo o científico.

Por ello, debemos distinguir entre el saber aparente y el verdadero. El primero es epidérmico; el segundo, es el saber científico. El primero es pasivo; el segundo activo; el primero es simplemente receptivo; el segundo, creador.

Quiero decir con esto, que mientras el saber aparente exterioriza sólo un conocimiento superficial y temporario, desconocedor de la esencia misma de aquello de que se habla, y por eso es pasivo, pues el hombre interviene simplemente

guir bregando por el restablecimiento de la normalidad constitucional; por la implantación de una auténtica democracia; por el respeto a la voluntad popular expresada sin coacciones ni fraudes; por la laicidad de la enseñanza, combatiendo en todos los terrenos y en todos los instantes los métodos y doctrinas regresivas de los pseudos nacionalismos, de los regímenes dictatoriales incompatibles con la dignidad humana y cuyas consecuencias fatalmente son las que Europa nos está mostrando en la horrenda tragedia que ensombrece a la humanidad. Lo hago para dentro de la Universidad, a la que brindé sin regateos lo mejor de mi existencia, proseguir luchando por esos ideales, por su permanente progreso, por su autonomía y por la aplicación pura y desinteresada de los principios que inspiraron la reforma universitaria.

"Saluda al señor Interventor con su más distinguida consideración. — Cortés Plá".

como receptor le conocimientos sin aportar ningún esfuerzo propio; el saber verdadero es profundamente activo, ya que toda nuestra inteligencia, nuestro poder de captación y de comprensión, de análisis y de razonamiento, interviene en forma intensa y eficaz en la adquisición de ese conocer, de ese saber. Al adquirirlo —y sin que esto importe descubrir una verdad nueva, ya que también concierne al poder comprender una adquirida por la humanidad hace siglos— todas nuestras fuerzas intelectuales están en tensión intensa, son participantes activos de la tentativa de aprender.

Mientras el saber aparente se conforma con la aceptación y repetición de lo afirmado por otros, esgrimiendo como justificativo de su actitud el sofisma de la autoridad, el saber verdadero o científico reclama como un imperativo el no aceptar pasivamente, sino comprender y saber porqué aceptamos una conclusión.

El razonamiento, la experiencia, la ilación lógica, constituyen el camino que conducen a la adquisición del auténtico saber.

Por ejemplo, Aristóteles creía saber que el aire provocaba una aceleración en el movimiento de caída de un cuerpo. Los escolásticos que adquirirían un saber receptivo, repetían posiblemente de buena fe y defendían arduosamente esa tesis. El saber de ambos, era no científico, porque se fundaba en una deducción mental para interpretar un fenómeno de la naturaleza. Cuando Galileo recurre a la experiencia, quizás sin proponérselo, crea el método científico que desemboca en el saber verdadero.

Y como las conclusiones a que arriba el genial toscano, son verdades verificables, su validez resiste victoriosamente toda tentativa de negación.

Siguiendo el mismo camino, Römer deduce no solamente que la velocidad de la luz es infinita, sino que determina con error propio de los medios disponibles para su época, cual es el valor de esa velocidad. Y aunque sus conclusiones sean

rechazadas por la generalidad de los sabios —exceptuamos a Newton y Huygens— queda abierto el camino para verificar los resultados y ello conduce a demostrar la certeza en la verdad adquirida.

Podrá negarse, en el instante que Torricelli la proclama, la existencia de la presión atmosférica, a Young la interferencia de la luz, o a Harvey la circulación de la sangre; pero esas verdades, por ser precisamente de las que integran lo que llamamos el saber científico, son prontamente ratificadas, aunque su aceptación implique arrojar por la borda la multitud de pseudos conocimientos anteriores, originados por un saber no científico.

Esto significa que la división anteriormente hecha encierra una cuestión fundamental: la del método; la de la *actitud* con que el hombre se coloca frente al problema que enfoca. Porque fijémonos bien; el saber aparente, efímero o receptivo, no exige otra cosa que sumisión en quien desee alcanzarlo. Sólo le reclama la aceptación lisa y llana de las verdades o pseudo verdades que se exponen. No sólo no hace un llamado al propio razonamiento, sino que voluntariamente lo olvida. En ese saber, lo importante es que se crea, se acepte, se repita cuanto se le dice. Rechaza la crítica porque ella implica falta de conformismo que resulta incompatible con la esencia de ese saber. La libertad, aquí, carece de sentido.

El saber científico en cambio, reclama como elemento substancial primario, la posesión de espíritu crítico. En seguida, exige libertad. Por eso quizás decía John Dewey: "Lo importante es que la actitud y el método científico, son en el fondo, el método de la inteligencia libre y efectiva".

Agreguemos que sólo el saber científico puede ser arquitecturado en forma orgánica, racional, que no solamente nos proporciona ese magnífico edificio que es la ciencia, sino que además, es la condición necesaria y el camino seguro que conduce a la cultura como máxima expresión de la capacidad integral del hombre.

Aclaremos ya que cuando hablamos de ciencia, así en singular, no queremos decir la matemática, la física, la química... , es decir, las llamadas ciencias naturales. Involucramos en esa expresión, a la sociología, la filosofía, pues si estas no siguen en su desarrollo el método del saber científico, serán simples disquisiciones sin valor permanente, sin carácter orgánico, sin la estructura que individualiza y define un sistema tanto filosófico como físico, por ejemplo.

De más en más, a medida que la ciencia avanza, vuelve a reproducirse la aproximación que en un comienzo tuvieron ciencia y filosofía. Recordemos que Newton, en 1682 llamó a su obra cumbre: "Principios de filosofía natural". Fijaos bien: filosofía natural: filosofía y naturaleza, y su tratado es —y seguirá siéndolo— el cimiento de toda nuestra mecánica ordinaria y celeste.

Luego, acentuándose la reacción al escolasticismo, ciencia y filosofía, tomaron caminos divergentes. Surgió así una especie de frontera, de límite divisorio, que ambas no debían franquear. Pero si esto era así en general, cuanto más analizamos los obras de los verdaderos creadores en cualquiera de esos campos, encontraremos el hilo conductor que nos encaminará a descubrir los estrechos lazos que siguieron perdurando entre ellas, y veremos cuantos ejemplos nos brinda la historia de la interacción entre filosofía y matemática o física. Con el siglo XX, ya clara y francamente, se acentuó la necesidad de destruir su ficticio antagonismo y mientras los científicos no trepidaron en bucear en el campo filosófico, los filósofos comprendieron cada vez más imperativamente la necesidad de fundamentar sus elaboraciones mentales sobre bases científicas.

Docencia

Se llega al SABER mediante las etapas de la educación. Y como el grado de saber de un pueblo condiciona su jerarquía internacional y la posibilidad de su supervivencia, resulta que

en la bondad de su régimen educacional finca en altísimo grado, el lograr tal justificado y patriótico propósito.

Tratemos por ahora de fijarnos una idea acerca de cómo se ha cumplido la transmisión del saber. Antiguamente, los conocimientos pasaban de generación en generación a través de la expresión oral. Aun hoy, desgraciadamente, entre nosotros la docencia se caracteriza por esa forma casi exclusiva.

Con la invención de la imprenta, al incorporar la palabra escrita se origina un verdadero auge en la transmisión de ideas y conocimientos. El libro y las bibliotecas, y más recientemente, el film y la radio, contribuyeron a facilitar el deseo de aprender.

El maestro sigue siendo, sin embargo, la piedra angular. Es el guía experto, el hombre capaz de conducir a través de los laberintos tras la finalidad buscada en cada disciplina, en cada vocación.

Maestro que en la escuela primaria empieza a nutrir las inteligencias infantiles de rudimentarios conceptos que serán los cimientos ocultos e imprescindibles del saber futuro. Seguirá —más correcto sería que dijera: debería seguir—, la enseñanza secundaria tratando de descubrir vocaciones, adiestrando las mentes para captar y comprender, creando una actitud científica (que, repito, no excluye la orientación filosófica, pues la filosofía en su más cabal expresión debe hacerse con elementos similares a los utilizados en ciencia), vale decir, el fomento y agudeza del espíritu de crítica, de control, y el enraizar hondo en el alma el sentido de la libertad.

La Universidad, finalmente, canalizando estas aptitudes, enfocará hacia la formación del hombre, y del científico o del técnico.

Más que planes, en toda la trayectoria educacional interesan los métodos y los encargados de cumplirlos.

El método no puede ser otro que el seguido por la ciencia en su avanzar para que el alumno la conciba como algo

vivo, cambiante, eternamente remozada, y no como manifestación estática, aparentemente concluída, fría, donde sólo queda el repetir cuanto anteriormente se ha pensado o realizado.

Tal método exige al maestro que sienta y comprenda esa sencilla verdad. De ahí la importancia que le atribuimos a su función.

Hace un par de años en el curso desarrollado aquí mismo como homenaje al 25 aniversario de la Reforma Universitaria, recordaba que cátedra provenía del griego y quiere significar silla. Ocupar tal silla era signo de máxima distinción, implicaba una jerarquía moral y condiciones relevantes de capacidad. Por eso en la España del siglo XVII, llegar a la cátedra era adquirir simultáneamente dignidad nobiliaria. y en la Alemania del siglo XX el Herr Profesor era el título más codiciado a que aspiraba el estudioso.

Por eso mismo, la cátedra impone deberes especiales. Para ser digno de ella, el profesor debe no solamente acreditar capacidad y vocación probada, sino también ser ejemplo de dignidad para su conducta en su vida pública y privada. Que el alumno prefiere al hombre íntegro antes que al sabio in-moral o claudicante, — pues enseñar implica atención de quien escucha y no surge ésta ante la carencia de prestigio personal, de ese indivisible halo que rodea al profesor realmente querido por sus alumnos.

Prestigio que se logra cuando fortalecemos el espíritu crítico del alumno para enfocar desde todos los ángulos un problema determinado, lo que equivale a decir, cuando el profesor goza de la libertad necesaria para exponer y defender sus ideas y brinda al alumno la posibilidad de hacer lo mismo, estimulándolo con su ejemplo.

Libertad

Resulta, pues, que tanto la ciencia como la docencia encarnan la posesión de una actitud que exige como primordial fundamento, la existencia de la libertad, en grado tal, que

podemos afirmar que ni una ni otra pueden sobrevivir dignamente cuando la libertad está ausente.

El científico que no defiende su libertad, como el profesor que la entrega sumiso, son pues, fundamentalmente, la negación de lo que dicen representar y amar.

Ciencia y docencia por exigir la crítica como condición vital de su existir; reclaman imperativamente en sus cultores la posesión de la fe imprescindible de que es posible en su tarea llegar a resultados benéficos y el clima de libertad sin el cual toda tentativa de estudio real es imposible.

Ahora bien, esa fe en el esfuerzo humano es producto de la educación y del medio ambiental que rodea al hombre. Por eso toda educación debe ser libre, vale decir, exenta de todo dogmatismo, pues mientras una orientación libre conduce al saber científico como definimos antes; toda directiva dogmática, desemboca en el otorgamiento del saber receptivo o aparente.

Es lógico. Cuando la enseñanza es orientada tendenciosamente —no importa con qué tendencia—, tienen necesariamente que ocultar facetas de la evolución del pensamiento humano, extirpar cuanto sea tentativa de libre discusión, negar sistemática y arbitrariamente, esto es, sin análisis ni razones, todo cuanto directa o indirectamente puede perjudicar a sus fines. Tal enseñanza es fragmentaria, y por lo mismo, falsa. Y peligrosa. Porque se disfraza con la apariencia de ser científica, cuando no es otra cosa que un instrumento de proselitismo, donde lo falso se mezcla con lo auténtico para luego, por arte de magia, desprender consecuencias de los principios falsos, como lógica consecuencia de verdades demostradas. La enseñanza se transforma, entonces, en medio de conformar mentes deformadas premeditadamente para lograr fanáticos y no hombres.

En cambio, enseñanza orientada conforme al deseo de lograr el saber científico, genera los hombres que la humanidad reclama.

Extraeremos de la historia de ayer y de hoy algunos ejemplos que ratificarán lo precedente.

Es una orientación dogmática la que obliga a Galileo a abandonar la Universidad de Pisa para refugiarse en Venecia, libre de la dominación de la intolerancia religiosa. Intolerancia que más tarde hará abjurar al genial creador de nuestra dinámica, pretendiendo con ello —vano intento—, impedir la difusión de la teoría corpenicana. Es ese mismo dogmatismo, —encarnado en la Inquisición—, el que lleva a la hoguera a Giordano Bruno y el que ordena exhumar el cadáver del arzobispo Antonio de Dóminis para quemarlo junto con sus obras.

Es, en cambio, fruto de la reacción contra el imperio de una dictadura, lo que da realce a las universidades de Königsberg, Jena y Marburgo, que se convierten en centro de propaganda de la reforma religiosa; o la acción que más tarde dará origen a la fundación de la Universidad de Londres creada a instancias de Bentham, Grote y John Rusell como reacción contra la intolerancia de Oxford y Cambridge, al negarse a admitir a los católicos y a los protestantes no conformistas (no anglicanos), y también para permitir que jóvenes no pudientes pudieran proseguir sus estudios ya que las altas tasas de las clásicas universidades inglesas eran casi prohibitivas para la generalidad.

Podríamos multiplicar los ejemplos. Razón de brevedad nos induce a sintetizar. Veamos, pues, sólo algunos altamente significativos. Y empecemos por Alemania.

La carencia de unidad nacional inspira a Humboldt y Fichte la idea de crear una universidad tendiente a fortalecer el movimiento generador del espíritu que conduzca a organizar la nación alemana. En lo estrictamente instructivo, vale decir, en la divulgación del saber, se orientan hacia el método y la actitud científica. Aparece así la primera universidad de tipo científico. Fue ella, la Universidad de Berlín.

Mas la noble acción inspirada en un patriotismo indiscutible, no tarda en despertar la animosidad, diría hasta el odio de los gobernantes, que ven en la acción de la flamante universidad un peligro para el mantenimiento de las regalías que proporciona el poder. Entonces —y la historia se ha repetido frecuentemente—, sostuvieron que la universidad debía abstenerse en intervenir en lo que ellos llamaban política. Se provocó luego la reunión de Carlsbad donde la gravitación de Metternich logra la sanción de leyes que acusan a la universidad de haber fomentado el desprecio por el orden establecido y olvidado que su deber primario y único es formar la juventud que se ponga al servicio del Estado. Viene en seguida una intervención más o menos embozada, la vigilancia de la enseñanza impartida en la cátedra, la prohibición de publicar las ideas de los profesores; el espionaje y la delación organizada en cada aula; la presencia policial durante la realización de las conferencias; la expulsión de profesores (Arndt, de Wette, etc.) y estudiantes; la obligación de los alumnos de recabar permiso del comisario para poder concurrir a clases...

Todo fue inútil. Aquellos maestros que sabían el valor del saber científico, fortificaron los espíritus que fueron capaces de sobreponerse a la reacción. Después de Berlín, Breslau, y luego una tras otra, todas las universidades alemanas fueron focos permanentes de acción cívica, logrando finalmente ver realizada la unidad nacional ansiada. Simultáneamente, la eficacia de su método educativo las hizo gravitar en forma ponderable en la organización de la ciencia, tanto que cuanto Alemania logró prosperar en el siglo XIX, se lo debe a su universidad, que se convirtió en la expresión más completa de la organización de la enseñanza superior de su época.

En contraposición a las ventajas y al progreso obtenido mediante la aplicación del método científico que no olvidemos exige como condición primordial la exigencia de la libertad, veamos cual es el balance de la organización dogmática encar-

nada ahora en el nazismo que voluntaria y premeditadamente renunció a la investigación científica o a la especulación filosófica que no tendiera a fortificar un estado de conciencia capaz de asentir sumisamente a las órdenes de los jefes del nacionalsocialismo. La renuncia total a toda libre manifestación de la personalidad humana, es la base de ese sistema. Así lo declaró enfáticamente el propio Ministro de Educación cuando, al inaugurar el Consejo Nacional de Investigación, decía: “La absoluta libertad de opinión y de juicio son signos de enajenamiento del espíritu de las eternas fuerzas de la naturaleza y de la historia. La libertad no es asegurada a la ciencia, ni por su abstracción, ni por su independencia de los acontecimientos corrientes”.

Tal orientación es la que obliga al gran Einstein a abandonar Alemania en 1933, porque “mientras me sea posible —dice— no residiré más que en un país donde reine para todos los ciudadanos la libertad política, la tolerancia y la igualdad ante la ley. Por libertad política entiendo la libertad de expresar verbalmente y por escrito sus convicciones políticas; por la tolerancia, el respeto a toda convicción en un individuo”... “Actualmente estas condiciones no se cumplen en Alemania”, y contestando a la Academia de Ciencias de Prusia que llegó a declarar (abril 1º de 1933) que no tenía “ninguna razón para lamentar el retiro de Einstein”, agregaba el sabio: “He explicado el estado actual de Alemania como un estado de aberración mental de las masas y he dicho también las causas de esta enfermedad”, reiterando su decisión de seguir luchando para evitar que esta “psicosis de las masas que se manifiesta de manera tan terrible en Alemania, no se extienda más”.

Psicosis que trajo como consecuencia el enmudecer de los hombres libres bajo la tiranía nazista, que expulsó de sus universidades cerca de 2.000 profesores, investigadores, estudiosos.

Si así se procedió en su propio suelo era deducible fácilmente qué haría en países conquistados. Tomemos el caso de Checoslovaquia, pueblo fuerte y viril cuya lucha por su libertad es ejemplo de sacrificio, tenacidad y heroísmo.

Por ser pueblo educado en régimen de libertad debía sentir más fuertemente el yugo del invasor que empezó por ordenar la separación de todos los profesores judíos; por restringir el número de jóvenes que podían estudiar; pues “el pueblo checo —dijo el diario oficial “Der Neue Tag”— no tiene otra cosa que hacer sino trabajar y procrear hijos”; prohibió la participación de los profesores checos en los congresos científicos internacionales; efectuó una depuración de los libros de enseñanza; clausuró escuelas; suprimió la libertad de enseñanza en las universidades; etc. Pero todo esto, con ser ya mucho, era simplemente el prólogo de un sádico plan perfectamente premeditado.

El 28 de octubre de 1939, aniversario de la liberación checa, los estudiantes realizan una manifestación. La furia de la Gestapo troncha muchas vidas jóvenes y encierra en las cárceles a varios miles de personas. Vencido por la tortura, un joven estudiante, Juan Opletal, sucumbe. Su sepelio da origen a una sentida demostración de duelo, alterada por la provocación de los secuaces hitlerianos, que dos días más tarde —en la noche del 16 al 17 de noviembre— asaltan las residencias estudiantiles matando centenares de jóvenes, encarcelando muchos más, deteniendo profesores; fusilando sin proceso a los dirigentes estudiantiles; violando en presencia de sus condiscípulos a las alumnas, vejando, torturando, vilipendiando, sin tasa ni medida, con cinismo espeluznante, a la flor de la juventud de aquel país mártir. Los pelotones de fusilamiento, los campos de concentración, la clausura por tres años de todas las universidades, fueron los argumentos de esa maza fanatizada para imponer la supremacía de su raza superior y la bondad del “nuevo orden”.

¿Cuál fue el comportamiento de los profesores frente a tantas tropelías? "Su actitud fue irreprochable —dice un informe publicado en 1943— identificándose con la causa de sus alumnos, opusieron una resistencia digna, tranquila y resuelta a las atrocidades y vejaciones alemanas. Y sufrieron en parte los golpes recibidos por la juventud que se les había confiado. Soportaron bárbaros interrogatorios en las prisiones de la Getsapo. Varios fueron asesinados... algunos se suicidaron, un gran número fue arrestado. Pese a todo, y gracias a su formación educacional, el espíritu de ese pueblo permanece vivo, añorando más que nunca su libertad.

Menos crueles fueron los nazis en Francia, pero no por ello dejaron de torturar y matar al genial físico Hollweck; fusilaron a Solomon; hicieron arrestos en masa en la Universidad de Clermont-Ferrand, matando con su proverbial saña. Sin embargo, el espíritu de la Francia inmortal siguió viviendo en las aulas donde profesores y alumnos, rectores y científicos, resistieron invariablemente toda tentativa de atracción hacia el dominador que no logró ni con promesas, ni con violencias, alterar la patriótica y digna actitud de la gran mayoría del cuerpo universitario.

Pruebas elocuentes de ese espíritu indomable, es la fuga del gran Langevin de su prisión de Troyes, de donde los *maquis* lo rescatan y, llevándose en hombros —pues por su edad y la debilidad de su corazón estaba imposibilitado para andar, es conducido a través de las montañas hasta la frontera suiza. O el formidable ejemplo de valor cívico y de amor a la libertad, demostrado por el sabio Joliot, esposo de Irene Curie y premio Nobel de Física, que durante cuatro años permitió que se lo llamara colaboracionista, mientras en su laboratorio fabricaba explosivos, ocultaba armas y se imprimían pasaportes falsos con destino a los *maquis*. Y todo ello se cumplía, mientras en el piso superior los sabios alemanes trabajaban por descubrir hasta dónde había llegado en sus estudios

sobre combustión nuclear, la célebre pareja de sabios franceses.

He ahí, frente a frente, dos espíritus, dos escuelas, dos tendencias. La que con toda la fuerza en su poder es incapaz de doblegar la potencia irremplazable de la fortaleza de la dignidad y la conciencia del deber, asequible solamente mediante una educación basada en el respeto al individuo, a su libertad.

Con una mística un tanto diferente pues en ella participa la intolerancia religiosa, el falangismo ha hecho en España otro tanto. Su universidad enmudeció porque sus inteligencias más privilegiadas debieron buscar en el exilio el refugio que no encontraron en su patria. Si decimos que Blas Cabrera, Augusto Pi y Suñer, Américo Castro, Luis Jiménez de Azúa, Pablo de Azcárate, Gustavo Pittaluga, Mariano Gómez, Luis de Zulueta, Fernando de los Ríos, Augusto Barcia, Angel Osorio, y decenas y decenas de hombres así se han visto obligados a abandonar sus cátedras y su país, hemos dicho ya que los claustros universitarios españoles están poblados por gente inferior intelectual y moralmente.

Y para que no quede duda de ello, y como nueva prueba de la intolerancia y dogmatismo falangista, escuchad este telegrama publicado en "La Prensa" el 3 de mayo de 1939:

"Un auto de fe celebrado en la Universidad ha sido el remate de la fiesta del libro organizada por el Sindicato Español Universitario.

"El acta leída mientras en el Jardín de la Universidad se prendía una formidable hoguera de papel, dice así:

"Para edificar una España grande y libre, condenamos al fuego los libros separatistas, liberales y marxistas; los de la leyenda negra, los anticatólicos; los del romanticismo; los pesimistas, los pornográficos; los del modernismo extravagante, los cursis, cobardes y seudocientíficos; los textos malos y los periódicos chabacanos, incluidos en nuestro índice de Sabino Arana, Juan Jacobo Rousseau, Carlos Marx, Vol-

taire, Lamartine, Máximo Gorki, Remarque, Freud y el "Heraldo" de Madrid".

Todo cuanto precede nos reafirma en la necesidad de preservar intangible la esencia del método que conduce al saber científico, que es decir, a la verdad, a la ciencia, a la libertad.

Entre nosotros, las tentativas por implantar métodos como los del dogmatismo clerical, de la intolerancia nazista o falangista, han tenido curso de ejecución. Vosotros, cuando recordaba la delación organizada en las aulas, la prisión de estudiantes, la depuración de libros, la expulsión de profesores y alumnos; habéis rememorado escenas vividas en nuestra Universidad durante el tiempo en que pretendió aniquilarse su espíritu democrático, reformista y liberal.

Ojalá que al verificar cómo la historia se repite, hayáis formulado el voto de permanecer alertas para preservar lo que tanto ha costado conquistar y defender: la libertad, como el máspreciado bien humano.

No tengamos el candor de pensar que las fuerzas regresivas han abandonado sus propósitos. De nuestro esfuerzo y nuestra voluntad depende que podamos proseguir la senda interrumpida.

Recordemos que, según afirmábamos, la libertad es requisito indispensable para el desarrollo y hasta para la existencia misma de la ciencia, y por ende, de la universidad.

Y como la democracia postula como fundamento de su organización la necesidad de que esta libertad exista, podríamos concluir diciendo que el análisis seguido con método científico conduce a la negación de todo sistema dictatorial, de toda organización en la que el individuo quede sometido al poder del Estado. Lo que, en otros términos, significa negar el sometimiento del ciudadano al capricho de los que a sí mismos se consideran predestinados o elegidos —quien sabe por qué oculta y extraña razón— para gobernar un pueblo.

Para que sigamos fortaleciendo en nosotros la fuerza de un ideal de perfeccionamiento individual y colectivo, de superación moral, de afianzamiento de una democracia efectiva y progresiva, solicito el aporte de vuestro concurso, señores profesores y estudiantes.

Señores:

América como una unidad funcional se aprestaba a celebrar jubilosamente su día, cuando el inesperado deceso de uno de los más preclaros conductores de la humanidad: Franklin D. Roosevelt, acongoja el corazón de todos los hombres libres del mundo. Nosotros le rendimos el homenaje de nuestra admiración y de nuestro respeto y reconocemos en él a uno de los artífices más conspicuos de la solidaridad americana, solidaridad americana que, como demostrara Mario Antelo después de analizar los factores étnicos, culturales, etc., descansa en el concepto de libertad.

“Si, decía. La libertad es el aliento vital de la solidaridad continental, salva distancias y aproxima a los hombres; fraterniza los exponentes raciales más dispares, allana los contrastes de cultura, asocia sin necesidad de vinculaciones económicas, suprime diferencias de religión y de partido, y hace de América una inmensa unidad al servicio de la dignidad y de la jerarquía del hombre sobre la tierra”, y finalizando su hermosa disertación, afirmaba: “Nacida bajo el signo de la libertad, bajo el signo de la libertad encontrará su destino”.

Que nuestra obra, señores, como universitarios y como argentinos, contribuya a que pronto sea indiscutida realidad el vivir un mundo donde impere una efectiva democracia y solidaridad internacional.